

VII Jornadas Santiago Wallace de Investigación en Antropología Social. Sección de Antropología Social. Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, 2013.

Territorio, periferias y moralidades. Una etnografía sobre los significados de la noción de villa miseria en Comodoro Rivadavia.

BACHILLER santiago.

Cita:

BACHILLER santiago (2013). *Territorio, periferias y moralidades. Una etnografía sobre los significados de la noción de villa miseria en Comodoro Rivadavia. VII Jornadas Santiago Wallace de Investigación en Antropología Social. Sección de Antropología Social. Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-063/543>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evkA/S5t>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Territorio, periferias y moralidades. Una etnografía sobre los significados de la noción de villa miseria en Comodoro Rivadavia

Dr. Santiago Bachiller

CONICET/UNPA

santiago.bachiller@gmail.com

La ponencia tiene por origen una anécdota ligada a cuando conocí por primera vez Comodoro Rivadavia, una de las principales ciudades de la Patagonia argentina. En dicho momento, mientras un conocido me enseñaba la ciudad donde vivía, escuché la frase que motorizó este trabajo: “en Comodoro no hay villas...”. Paradójicamente, en el recorrido había tomado nota de la presencia de barrios conformados por infraviviendas que carecen de infraestructura y servicios básicos, imágenes que contrastaban con la frase enigmática que acababa de escuchar. ¿Por qué, a diferencia de mis interpretaciones, esta persona “no leía” a dichos espacios en términos de “villas miseria”?

En Argentina, la reflexión académica sobre la cuestión social tomó como prioridad a las villas miseria. Apelando al espacio como dimensión fundamental, el eje centro-periferia resultó clave en la articulación del imaginario social hegemónico sobre las villas miseria. En la asociación entre villas y periferias, las representaciones se organizaron en función de una distancia geográfica de un centro urbano. Asimismo, la villa-periferia no conlleva únicamente una lejanía física, sino también moral: si el centro fue pensado como el espacio de población “blanca” de origen europeo, la villa pasó a ser definida como el lugar de los “cabecitas negras”. La moral ha sido un elemento básico en la caracterización de las villas como una periferia en oposición a un centro, el cual fue naturalizado como criterio normativo que simboliza una modernidad a imitar¹. Por otra parte, la villa miseria se constituyó en una referencia ineludible en el examen de cómo los procesos de precariedad social se expresan territorialmente, lo cual supone una serie de obstáculos asociados a una visión sociocéntrica.

¹ Este trabajo se refiere de modo genérico a las “villas miseria” aunque, evidentemente, no se trata de un mundo homogéneo. Las villas no pueden ser pensadas de manera monolítica pues las representaciones sobre las mismas varían de acuerdo a múltiples variables: si ciertas villas despiertan imágenes sociales ligadas con la delincuencia, otras pueden ser identificadas como espacios de movilización y organización comunitaria. De más está decir que incluso una misma villa responderá a diferentes significados según quién sea el actor que las evoca.

Si la villa fue retratada en función de la realidad histórico-social de las principales urbes industrializadas del país, ¿hasta qué punto es aplicable dicha noción en ciudades de menor tamaño, donde el patrón de crecimiento urbano no responde a una lógica que delimita claramente un centro de una periferia?

El objetivo de la ponencia consiste en evaluar cómo la noción de “villa” afecta los discursos locales sobre la cuestión social y la dimensión territorial. Este trabajo es consecuencia de un estudio etnográfico sobre las ocupaciones “ilegales” de tierras y la posterior conformación de asentamientos en la ciudad de Comodoro Rivadavia; en el mismo, se tomó a un asentamiento denominado “Cancha Belgrano” como unidad de análisis. Arquitectónicamente, a nivel estético o de infraestructura, muchos de los asentamientos de la ciudad podrían ser definidos como villas. Pese a ello, la inmensa mayoría de los informantes sostiene sin titubear que “en Comodoro no hay villas”; no obstante, en ocasiones puntuales el término “villa” es utilizado para señalar una unidad territorial específica. Significativamente, en ambos casos, lo moral se convierte en la dimensión clave a la hora de aceptar o negar la aplicabilidad del término “villa”.

1- Las Villas Miseria en las Ciencias sociales de nuestro país

La traza urbana de las ciudades más pobladas de Argentina se fue constituyendo a partir de una “lógica de continuidad”. Marcadas por una geografía accidentada, ciudades como Caracas o Río de Janeiro responden a un patrón espacial fragmentado; por el contrario, en ciudades como Buenos Aires, una extensa pampa posibilitó organizar al territorio de forma metonímica. A su vez, dicha línea de continuidad territorial se basa en un sistema espacial que produce sentido, el cual se articula en torno a tres círculos concéntricos: la Capital federal, el primer y el segundo cordón del Gran Buenos Aires (Grimson, 2009). La contigüidad espacial no niega la presencia de fronteras que delimitan el territorio: para esta ponencia, la frontera más significativa es aquella que separa a la ciudad de Buenos Aires del conurbano, generando una lógica de centro y periferia. El centro es la ciudad de Buenos Aires, eje de referencia a partir del cual se mide y evalúan las distintas periferias que conforman el conurbano bonaerense. Asimismo, la distancia del centro a la periferia es física, pero también moral. Podría afirmarse que existe una degradación en términos de ingresos económicos a medida que uno se aleja del primer al tercer círculo, por lo cual la variable socioeconómica tiene un

efecto innegable en la organización espacial contigua propia de Buenos Aires². Pero son las fronteras simbólicas entre el centro y la periferia las que aquí interesan priorizar, y ello es así por dos cuestiones: a) por cómo estructuran el imaginario territorial y las prácticas espaciales; b) porque en buena medida exceden el ámbito metropolitano, afectando ciertas representaciones nacionales sobre el espacio urbano. Como sostiene Grimson (2009:17), “el límite capital/provincia tiene una serie de implicancias simbólicas que actualiza muchas veces en ese binarismo la oposición fundante de la nación, capital/interior, con sus implicancias imaginarias acerca de Europa y de América Latina, incluso de civilización y barbarie”. Cuando desde Capital se renueva dicha oposición, el Gran Buenos Aires es imaginado como alteridad, como diferencia.

Las distancias físicas y simbólicas entre el centro y la periferia suponen una alta carga moral, han sido contaminadas por toda una serie de valoraciones. Así, Buenos Aires produce un sentido territorial que presupone una degradación que va en sentido centro-periferia, en función de variables dispares como la contigüidad físico-geográfica, el nivel de ingresos económicos, o las representaciones sobre el espacio urbano. Como veremos a continuación, la simbología que conlleva el binomio centro-periferia afecta al imaginario sobre las villas miseria. La villa nace como una periferia, y no tanto porque se localice en “las afueras de la ciudad”, sino porque conceptualmente se la definió en función de “su lejanía” respecto de un centro concebido de manera positiva.

En Argentina, las villas surgieron a fines de los 1930' en los alrededores de Buenos Aires y otras ciudades centrales del país, producto de un éxodo rural atraído por una incipiente industria nacional. Estas poblaciones afrontaron su problema habitacional mediante la ocupación “ilegal” de terrenos, construyendo “casillas” que carecían de infraestructura y servicios urbanos básicos. Así, desde sus orígenes la conformación de villas miseria guardó relación con el desarrollo estatal, el crecimiento de la industria nacional y los procesos migratorios. La historia del prejuicio contra quienes residen en las villas miseria se liga con los orígenes migratorios de la población urbana hacia la ciudad. La cuestión racial, el mito nacional según el cual los argentinos descendemos de los barcos, la valorización de “lo moderno” que a su vez se plantea como sinónimo de urbano y civilizado, fueron cuestiones

² Esta afirmación debe ser matizada: al interior de la Capital existen villas miseria, mientras que en el primer y segundo cordón del conurbano encontramos barrios donde residen las clases acomodadas. Más aún, en el Gran Buenos Aires se observa una tendencia que contrasta con el patrón clásico de continuidad espacial, el cual se asocia con la proliferación de barrios cerrados y *countries* aledaños a barrios destinados para los sectores populares. No obstante, el argumento central continúa vigente: en líneas generales, a medidas que nos alejamos de Capital hacia el tercer cordón, el nivel de ingresos económicos suele descender.

que se condensaron en un centro: Buenos Aires. La “población “blanca” de origen europeo, predominante en Buenos Aires, desplegó diversos motes despectivos hacia quienes vivían en las villas en función de sus rasgos físicos –especialmente el color de piel y cabello, a veces con ascendiente indígena (Casabona y Gúber, 1985). Así, la forma dominante de nombrar a estas poblaciones en las décadas de 1930 y 1940 fue como “cabecitas negras”.

Durante los primeros gobiernos peronistas (1946-1955) se vivió un clima de optimismo al interior de las villas. El pleno empleo, la expansión de los derechos sociales o la proliferación de loteos de tierra, llevaron a los residentes de las villas a reforzar la sensación de que las mismas eran una solución transitoria a sus problemas. Los planes de vivienda popular irritaron a más de un sector social; fue en tal época cuando surgieron las “leyendas negras”: articuladas en torno al mito “barbarie o civilización”, las mismas planteaban la incapacidad de los “cabecitas negras” para habitar “adecuadamente” en departamentos. Tras el derrocamiento de Perón en 1955, el apelativo “cabecita negra” fue cediendo espacio al mote de “villero”, sinónimo de “negro-bruto-ingorante-ladrón-sucio-indolente-borracho-prostituta” (Casabona y Guber, 1985).

Por otra parte, durante décadas la marginalidad fue la noción hegemónica en el análisis de la cuestión social latinoamericana. Significativamente, en nuestro país estas teorías tomaron a las villas miserias como unidad de análisis (Merklen, 2005), dividiéndose en dos versiones. Aquí sólo nos detendremos en Germani, quien en los 1950 representó la perspectiva cultural de la marginalidad. Su análisis apuntaba a un déficit de integración por un flujo migratorio del campo a la ciudad, donde la dificultad de adaptación cultural a un medio desconocido llevaba a los antiguos campesinos a enquistarse en pautas socioeconómicas y culturales “tradicionales” que les impedían participar de las ventajas ofrecidas por el proceso modernizador. En esta propuesta teórica, la villa era una periferia que se definía en oposición a un centro –Buenos Aires; en ese binomio, el primero era imaginado como un espacio de ascendiente indígena, rural, tradicional, atrasado, mientras que el segundo polo representaba lo europeo, lo urbano, lo moderno.

Gradualmente, otros significantes fueron adosándose y complejizando las representaciones del espacio social conocido como villa miseria. Entre ellos, cabe destacar la llegada de inmigrantes procedentes de países limítrofes. Entonces, la dinámica estigmatizadora comenzó a operar no sólo en términos racistas, sino también en función de criterios de nacionalidad que reforzaron las identificaciones de la villa como un espacio de otredad. Asimismo, la esperanza

de ascenso social y la representación de la villa como un lugar de paso fueron desmoronándose, reafirmando la lectura de las mismas como “espacios de degradación”. En tercer término, como resultado de la incesante llegada de familiares y la ausencia de planificación, empeoró la situación de hacinamiento (Merklen, 2005), y de allí se derivaron buena parte de los estigmas que descalifican a la villa apelando a criterios higiénicos y de anomia. Por otra parte, la política estatal frente a las villas fue históricamente ambivalente; en todo caso, los intentos de erradicación fueron permanentes, y tuvieron su epicentro en la última dictadura militar (Hermitte y Boivin, 1985). Entonces, las villas fueron identificadas como espacios propicios para las acciones demagógicas y asistencialistas, las políticas clientelares y la subversión, como un cáncer social necesario de extirpar. En la época, proliferaron ciertos significantes ligados con la peligrosidad social, la higiene y el orden público -la villa como refugio de delincuentes, prostitutas y alcohólicos. Es la etapa donde más se resalta la alteridad del villero, un “otro” radicalmente diferente al habitante de la ciudad. A su vez, la dictadura inaugura un vínculo que persiste hasta nuestros días, el cual equipara a los vocablos “ilegalidad” y “villa”³.

En los 1980’ la noción de pobreza se impuso a la de marginalidad. Entonces, el eje de la cuestión social pasó de las “villas miserias” a los “pobres” (Merklen, 2005). Tal desplazamiento tuvo sus consecuencias: las interpretaciones pusieron su acento en la carencia recursos económicos y ya no en el tipo de integración, reforzando la tendencia previa que identificaba a las villas como espacios de asistencialismo. Por otra parte, en los 1990’ se reforzaron algunos significantes preexistentes. En primer lugar, en un contexto de privatización, se consolidó el estigma del villero como un pícaro que vive gratuitamente, colgado de los servicios a expensas del resto de los ciudadanos. En segunda instancia, en tales años se generaron estudios sobre la fragmentación y segregación urbana, pensando al aislamiento como una característica central de las villas (Saraví, 2006). El desempleo y la precariedad económica conducen a la dificultad incluso para subsistir mediante la economía informal. Prolongándose dicha situación en el tiempo, se dislocan las redes de reciprocidad con las cuales tradicionalmente se habían afrontado los problemas. Asimismo, la percepción

³ Al haber surgido en muchos casos a partir de las tomas de tierras, las villas violan un principio que ha sido sacralizado en occidente: la propiedad privada. Por otra parte, sus residentes transgreden las normas urbanísticas oficiales en cuanto a la precariedad de la vivienda, la disposición del espacio, el usufructo clandestino de los servicios o la falta de pago de los impuestos municipales. Cuando prioriza los criterios jurídicos, el discurso estatal reconoce la existencia de las villas y de sus habitantes, pero lo hace tildándolos de “intrusos” que transgreden las leyes y normas morales. Como consecuencia de definir al fenómeno en términos de “ilegalidad” surgen categorías peyorativas, como las de “ocupantes” o “usurpadores”, las cuales dejan un estrecho margen de negociación y réplica a quienes viven en dichos espacios socialmente desacreditados (Casabona y Gúber, 1985).

de la villa como un “aguantadero de delincuentes” se produce en un contexto de desempleo o precarización del mismo, cuando la droga como negocio y consumo se masifica. A su vez, los medios de comunicación se convirtieron en un agente fundamental a la hora de estereotipar a las villas como reductos inexpugnables, contribuyendo a cerrar la villa en un proceso policial represivo (Puex, 2003).

Luego de la crisis inédita del 2001-2002, la etapa de postconvertibilidad significó una recuperación a nivel de crecimiento económico, empleo y pobreza. Sin embargo, dicho crecimiento fue muy desigual, lo cual condujo a diversos investigadores a plantear que las brechas económicas y sociales parecen haberse consolidado, concentrándose en espacios relegados como las villas (Kessler, González Bombal y Svampa, 2011). Hoy en día las políticas sociales siguen siendo centrales en la vida económica, social y política de muchas villas, a las cuales les sigue cabiendo la fórmula de “barrios bajo planes”.

2- “En Comodoro no hay villas”. La lógica nativa frente a un discurso moral

Comodoro Rivadavia se localiza en el centro este de la Patagonia Argentina, constituyéndose en el corazón de la zona hidrocarburífera conocida como Golfo de San Jorge. El censo nacional realizado en el 2010 arrojó la cifra de 192.000 habitantes, aunque el mismo ha sido muy criticado y distintas fuentes suelen calcular la población real en unas 300.000 personas. Comodoro tiene una trama urbana extensa, que históricamente estuvo marcada por la discontinuidad entre los espacios habitados. La ciudad surgió a principios del 1900 y creció de acuerdo a los ritmos y requerimientos de la actividad petrolera. En sus orígenes y durante décadas, se desarrolló principalmente hacia el norte. Los barrios de la zona norte nacieron como campamentos de las diversas compañías petroleras, del ferrocarril o de empresas dedicadas a la explotación del cemento y la pesca. En la misma época, en el centro de la ciudad se localizó parte del comercio y la administración estatal. La disposición física fragmentada guardó relación con características topográficas: el cerro Chenque divide al centro de la zona norte petrolera. Ello conllevó a que cada uno de los campamentos de la zona norte tuviese su propio centro, con sus comercios y espacios de recreación.

Aquí localizamos el primer factor que explican por qué para el sentido común local “en Comodoro no hay villas”. El eje centro-periferia, clave en la interpretación nacional de los territorios degradados en términos de “villas miseria”, no es aplicable en la ciudad. Por un lado, a pesar de que los nombres de los barrios de la zona norte surgieron en función de los kilómetros que los distancian del centro, la dispersión sin continuidad espacial obturó la

posibilidad de pensar al territorio siguiendo la lógica de círculos concéntricos que se amplían. Por el otro, la distancia al centro sólo se mide en términos físicos, no así morales. Más aún: la fuerte relación entre una identidad laboral y el barrio tradicionalmente supuso un orgullo por el lugar de pertenencia. “Ser del km 3” equivalía a “la dignidad de ser ypefiano” – en dicho barrio se asentó YPF-; lo mismo podría decirse respecto del km 5 en cuanto su ligazón con el mundo ferroviario; etc. Por el contrario, en las representaciones de la época, el centro de la ciudad no sólo era el espacio de la administración pública, sino también de los bares y prostíbulos orientados principalmente hacia los trabajadores del petróleo. A mediados del siglo XX, la ciudad comenzó a expandirse hacia el oeste y el sur. El denominador común de la zona es haber surgido de forma acelerada partir de la ocupación de tierras. Consecuentemente, en función de las coyunturas de producción petrolera Comodoro atrae fuertes flujos poblacionales procedentes de otras provincias o países; ante la falta de planificación urbana y el déficit crónico de vivienda, los sectores populares tradicionalmente resolvieron sus necesidades mediante la toma de tierras y la conformación de asentamientos (Baéza y Grimson, 2011). Con lo cual, otro elemento que explica por qué para un nativo “en Comodoro nunca hubo villas”, guarda relación con una tradición permisiva ante las tomas. Más aún, el trabajo de campo lleva a afirmar que la problematización del fenómeno de la toma de tierras como un acto jurídico, ilegal, es relativamente reciente en la ciudad y ha sido fomentada por la municipalidad.

Tras rastrear en las versiones virtuales de los dos periódicos principales de la ciudad -El Patagónico y Crónica-, queda en claro que para la percepción local en Comodoro no hay villas. Entre abril del 2009 y abril del 2013, se localizaron 141 noticias vinculadas con tomas de tierras y/o asentamientos en la ciudad. Solamente en 8 de los 141 artículos surgió el término “villa”; es de notar que sólo en 4 ocasiones la palabra fue citada como parte del artículo, mientras que 12 veces surgió en los comentarios de los lectores a tales artículos. Hay notas donde funcionarios se refieren críticamente al tema, utilizando términos como “ilegales”, “usurpadores”, o intrusos”, pero ni siquiera en tales situaciones surge la palabra “villa” en sus vocabularios. Lo mismo ocurre si evaluamos las entrevistas realizadas. Se llevaron a cabo 3 entrevistas a funcionarios de Centros de Promoción Barrial, 10 a dirigentes de diversas Uniones Vecinales; 2 a médicos de Centros de Salud Barriales; 6 a funcionarios municipales que trabajan en áreas vinculadas a la problemática de interés, y 22 entrevistas a grupos familiares que residen en el asentamiento. Ahora bien, el término “villa” solo surgió

en 3 de las 6 entrevistas a funcionarios de la Subsecretaría de tierras, y en 2 de las 10 entrevistas a vecinalistas.

¿Cómo nombran los residentes de Cancha Belgrano al espacio donde residen? ¿Cómo denominan a otros sitios que también nacieron a partir de una ocupación de tierras? En muy pocas ocasiones surgió el vocablo “villa” en sus relatos –vale la pena reiterar que ello no ocurrió en ninguna de las entrevistas. En primer lugar, la forma más común de mencionar al sitio donde viven es en términos de “barrio”; también pueden utilizar la palabra “asentamiento”, pero nunca lo hacen de modo despectivo⁴. Por lo general, lo mismo ocurre cuando los informantes hablan sobre otros asentamientos de la ciudad. Pero hay excepciones a la regla: es entonces cuando la palabra “villa”, cargada de una valoración moral del territorio, surge en los discursos.

3- En Comodoro (a veces) hay Villas. La lógica nativa frente a un discurso moral

Vimos que sólo 8 de los 141 artículos periodísticos emplearon la palabra “villa”. A su vez, en las 4 ocasiones donde el término fue utilizado en el mismo artículo, se identificó a la villa como un espacio de inmigrantes, con una ilegalidad que perjudica a “los verdaderos vecinos” –al colgarse de la luz, el sistema colapsa dejando sin servicio a quienes pagan por el mismo-, con la falta de planificación urbana y de servicios básicos, o con la violencia y delincuencia –venta de drogas, presencia de patotas. Hay un solo artículo donde un funcionario municipal apela a la villa en su discurso. Es el mismo intendente quien así lo hace, en un contexto donde solicita una mejor redistribución de las regalías petroleras que Comodoro genera y de las que obtiene muy poco a cambio. En un tono de denuncia ante el crecimiento desmedido de la ciudad y la falta de recursos para afrontar los desafíos que el mismo conlleva, el intendente menciona que “nos duele ver cómo la ciudad se nos llena de villas de emergencia” (El Patagónico, 22 de septiembre de 2009). Significativamente, 8 de los 12 comentarios de lectores referidos en términos de “villa miseria” surgen en esta misma nota.

En cuanto a los comentarios, se han detectado ciertos patrones recurrentes. Cuando se nombra al espacio como “villa”, el elemento más común es apelar al carácter de extranjero de sus habitantes. El salto hacia la “negritud” –vinculado con la falta de civilización o la incapacidad de habitar- y la delincuencia no tiene nada de natural, aunque los relatos propongan tal cadena

⁴ Otra forma típica de nombrar al lugar es como “extensión”, una forma autóctona de mencionar a los asentamientos que presupone una lógica inclusiva: la “extensión” es sinónimo de la prolongación de un barrio –del barrio Abel Amaya en este caso.

metonímica. La palabra “asco”, asociada con la mugre y otras condiciones de higiene social – por ejemplo con la supuesta prostitución de la mujer migrante-, apela a un posible foco infeccioso. También aparecen cuestiones como la ilegalidad en términos de usurpación de servicios que perjudica a los “verdaderos vecinos”, o la venta de las tierras tomadas por parte de pícaros que ganaron dinero y se volvieron a sus países. En más de un caso, “el remedio” propuesto consiste en la “limpieza”. A su vez, en el uso del término “villa” el carácter de extranjero es tan fuerte, que las soluciones más citadas al problema de los asentamientos apuntan a la deportación. En resumidas cuentas, en los artículos y comentarios se traslucen dos cuestiones, ambas vinculadas con una percepción moral del espacio: a) la expresión “villa” sólo surge cuando se pretende remarcar un tono de denuncia; y b) siempre se asocia con un elemento externo que modifica negativamente la dinámica local; ese elemento macabro que viene de afuera se condensa en la figura del extranjero, pero a su vez presupone que la villa es algo típico de otras latitudes que no se corresponde con la historia local⁵. De tal modo, la villa es representada como el espacio de pobreza de ciudades como Buenos Aires, algo que no tuvo un equivalente local. Así es lo expresan ciertos comentarios a las notas periodísticas: “Comodoro das asco como estás... peor que cualquier villa porteña!” o “la ciudad se está pareciendo Buenos Aires con la cantidad de asentamientos por no decir Villas!!... TERRIBLE!! (Comentario de “Pedro” y de Danina en El Patagónico, 6 de junio de 2012).

Vimos que en las múltiples entrevistas realizadas a diversos actores sociales, el término “villa” solo surgió en 3 relatos de funcionarios dependientes de la Subsecretaría de tierras -en dos casos como consecuencia de una pregunta directa del investigador, en el otro de forma espontánea-, y en 2 entrevistas a vecinalistas -en ambas ocasiones fue empleado de manera espontánea. Significativamente, los dos dirigentes vecinales que se refirieron a las “villas” coincidieron en un punto: se niegan a representar a quienes residen en asentamientos de

⁵ Comodoro siempre fue una sociedad receptora de migrantes; la ciudad se formó en sus orígenes por extranjeros procedentes de Europa, con lo cual Comodoro en buena medida reprodujo el mito nacional que afirma que “los argentinos procedemos de los barcos”. La mayoría de esos europeos vivieron durante años en condiciones de gran precariedad, muchos incluso construyeron sus moradas en terrenos que ocuparon, sin embargo a nadie se le ocurrió calificar a sus lugares de residencia como “villas”; por el contrario, la llegada de personas procedentes de países limítrofes, más aún cuando responden a un fenotipo indígena, parece favorecer la lectura de los territorios que ocupan como “villas miseria”. Al mismo tiempo, y a diferencia de lo que ocurriera con las representaciones territoriales de Buenos Aires –donde surgió la noción de villa-, en Comodoro no existe un imaginario que identifique a los descendientes de europeos con el centro de la ciudad; como se sostuvo anteriormente, muchos barrios de la zona norte fueron más valorizados que el propio centro. Los discursos racistas son tan frecuentes en Comodoro como en Buenos Aires; no obstante, los mismos no encontraron en el territorio la posibilidad de canalizar sus argumentos xenófobos con tanta facilidad.

reciente conformación localizados bajo el radio de influencia de las Unidades Vecinales que presiden; según su lógica, el uso del término les permitiría justificar tal decisión. Nuevamente, ciertos elementos resultaron centrales en la articulación del relato: la caracterización del sitio como un espacio de “extranjeros que venden terrenos”, la falta de una dirección y de espacios regulares propios de un trazado urbano planificado, el hacinamiento, la violencia y delincuencia, etc. Uno y otro usaron el apelativo “villa” para advertir sobre la evolución del asentamiento, solicitando la intervención estatal. Finalmente, en ambos discursos la villa fue localizada en un lugar distante que se aleja de cualquier posible calificación familiar del entorno, como un “espacio-otro” –a su vez, la distancia no es física, pues el lugar denostado puede ubicarse en el barrio donde viven estos dirigentes, sino moral.

En cuanto a los funcionarios municipales, en dos oportunidades la villa se identificó con la delincuencia o peligrosidad: “los asentamientos, lo que está pasando que es gravísimo (...) La policía me dice: ¿señora dónde va? Voy acá al barrio, al asentamiento... Uh no señora, espere, ahora la acompañamos. Llego al lugar, 5 patrulleros y una traffic llena de... no sé si son de la GEO... Viste cuando vos decís... parecía como cuando ves en las películas que entran a las villas, que entran con toda la infantería y todo. Hago así y veo todo eso y digo: dónde estoy...” (10 de agosto de 2012, Entrevista a Mónica, Funcionaria de la Subsecretaría de Tierras). En otra entrevista (4 de agosto de 2012, Entrevista a Adrián, Funcionario de la Subsecretaría de Tierras), la villa surgió en función de dos tópicos: la falta de planificación ante la toma de tierras y la culpa de los empresarios locales. En cuanto al primer factor y a contramarcha del sentido común local, el funcionario ubicó a las villas en ciudades que no apostaron por la “integración de los marginados” –señaló a Buenos Aires y Puerto Madryn-, mientras que en su opinión “en Comodoro siempre se intervino incorporando”. El segundo ítem surgió de forma espontánea en su relato, y apunta a cómo empresas de construcción buscan obtener una mayor tasa de ganancia trayendo obreros de otros sitios, pagándoles jornales muy inferiores a la media local, sin proveerles de infraestructura. El riesgo de que surjan villas en Comodoro estaría asociado con el asentamiento de estas personas sin recursos. Finalmente, la anterior Subsecretaria de tierras en su discurso vinculó a las villas con el riesgo que corren ciertas zonas de la ciudad ante la falta de planificación y la necesidad de regularizar lo existente. Entonces, aludió a la violencia y el peligro de algunos barrios, a las características arquitectónicas que impiden el ingreso de las instituciones estatales – patrulleros o ambulancias que no pueden pasar por estrechos pasillos-, a la densidad poblacional, a problemas de higiene y degradación ambiental que generan conflictos entre los

vecinos –las zonas altas de los cerros arrojan sus residuos a la calle, perjudicando a quienes residen en las zonas bajas-. Su propuesta consiste en “organizar un territorio y consolidarlo”, en “hacer comunidad donde puede llegar a haber una villa” (14 de octubre de 2011, Entrevista a Josefina, Ex Directora de la Subsecretaría de Tierras).

Como se sostuvo anteriormente, cuando los residentes de Cancha Belgrano hablan de sí mismos, sobre la ciudad o sobre otros asentamientos, en contadas situaciones utilizan la palabra “villa”. La excepción a la regla surge cuando se pretende remarcar positivamente la propia identidad y, para ello, las características valoradas de Cancha Belgrano se definen en oposición a la villa como imaginario de un espacio urbano degradado. Los cuatro ejes que entonces resaltan son la nacionalidad, la planificación urbana, el trabajo y la violencia. Así, Cancha Belgrano es constantemente definido como un lugar de argentinos; la oposición en este caso es el mayor asentamiento ubicado en el mismo barrio, habitado principalmente por bolivianos y peruanos. En segundo lugar, todos los informantes suele resaltar con orgullo la peculiaridad de Cancha Belgrano, en tanto “único asentamiento” que respeta el trazado urbano de Comodoro. La organización barrial aquí es contrastada con el hacinamiento y falta de higiene -la anomia- de un asentamiento ubicado a un kilómetro de distancia. En tercera instancia, Cancha Belgrano es descrita como un lugar de trabajadores; otro asentamiento, localizado a unos 500 metros, es señalado como contraejemplo al ser retratado como un ámbito de vagos y borrachos. Finalmente, el asentamiento recién mencionado es caracterizado como un entorno de delincuentes, mientras que Cancha Belgrano es adjetivado con los términos “seguro” y “tranquilo”.

No debemos pensar que los habitantes de Cancha Belgrano no sufren ninguna forma de estigmatización. Pero los estereotipos negativos recaen en calificativos como “ocupantes” o “usurpadores”, no así en el de “villeros”. La fuente de sus sufrimientos reside en cómo el sistema jurídico y la noción de propiedad los descalifica en tanto “ilegales”; no parecen en cambio sentir el peso de otras etiquetas peyorativas, asociadas con la “cualidad moral” propia de quienes residen en una villa. De tal modo, los informantes entienden que sus malestares se acabarán cuando “regularicen” su situación. Algo similar ocurre en cuanto a la villa planteada como sinónimo de pobreza. A diferencia del Gran Buenos Aires, las ocupaciones no siempre son protagonizadas por desocupados o sectores bajo la línea de pobreza, sino por trabajadores. Estamos ante una población con niveles de ingreso superiores a la media del país, pero con un déficit crónico de viviendas, lo cual da cuenta de que el problema no es tanto la construcción como el acceso a la tierra en sí (Baeza y Grimson, 2011). Consecuentemente surgen otros

estigmas, como la supuesta picaresca de quienes toman tierras “sin realmente tener necesidades”, no así la pobreza como elemento indisociable a las villas.

Para finalizar, en el asentamiento relevado no se observan otros elementos significativos para la noción de villa. A modo de ejemplo, cuando los informantes describen a su sitio como un lugar de trabajo, también están aludiendo a que en Cancha Belgrano nadie recibe ningún tipo de ayuda social –una vez más, las representaciones se construyen en función de un “otro” que es imaginado como sujeto de asistencia. Lo mismo ocurre en cuanto al aislamiento. La gente va al centro o al barrio contiguo a hacer las compras, recibe visitas de familiares en sus casas sin inconvenientes, acuden a espacios donde residen los sectores socioeconómicos más altos de la ciudad –como el balneario de Rada Tilly-, etc.

4- Reflexiones finales

En Argentina, la reflexión académica sobre la cuestión social surgió y llegó a su apogeo tomando a las villas miseria como unidades de análisis. Ello implicó un modo específico de abordar tales fenómenos, enfocándose en la concentración de la precariedad en un territorio determinado –la villa. Simultáneamente, la perspectiva espacial se articuló en torno a un eje clave de lectura: el binomio centro-periferia, el cual presupone una distancia física, pero también moral entre ambos polos. Esta forma particular de representar al espacio urbano y a la cuestión social, tuvo sus orígenes en las ciudades donde surgieron las primeras villas, las cuales a su vez responden a un patrón espacial contiguo. Por otra parte, en función de una lógica sociocéntrica, lo pensado o escrito en Buenos Aires tiende a ser interpretado como universal, y pugna por imponerse como realidad discursiva en el resto del país; el resultado de tal proceso es una dificultad para comprender cómo, en ciudades del interior, las dinámicas de exclusión social se expresan en el territorio. A partir de un estudio etnográfico sobre tomas de tierras y la conformación de asentamientos en Comodoro Rivadavia, el objetivo de la ponencia consistió en examinar cómo la noción de villa miseria se personifica en los discursos, condicionando los modos en que en la ciudad se interpreta la vinculación cuestión social - territorio urbano.

Como cualquier otro espacio urbano socialmente delimitado, la villa forma parte de un sistema social complejo; si bien de forma subordinada, se encuentra integrada al resto de la sociedad (Casabona y Gúber, 1985; Puex, 2003), con lo cual sería incorrecto pensarla como una unidad aislada de la ciudad. Tal afirmación apunta a entender los significados de la villa de acuerdo a cómo evolucionó históricamente su función social respecto de un entramado

urbano específico. Dichos significados se redefinen contextualmente: es por ello que en la ponencia se consideró el modo en que, con el pasar de los años, diversos significantes se fueron adosando como fuente de estigmatización.

Vimos que, incluso cuando el diálogo gira en torno a espacios urbanos degradados, el vocablo “villa” no es común en el lenguaje cotidiano de los comodorenses. Se sostuvo que ello guarda relación con diversos factores. En primer lugar, la ciudad no responde a una matriz territorial continua, sino que el patrón que la caracteriza supone una dispersión sin continuidad. Por consiguiente, el eje centro-periferia, clave en la lectura de los territorios urbanos en términos de villa miseria, no se encuentra presente en Comodoro Rivadavia. En segunda instancia, en la ciudad patagónica no se observa un estigma similar al del “villero”, donde la precariedad de la vivienda parecería impregnarse en la calidad humana de sus ocupantes, impactando negativamente en sus sociabilidades e identidades (Merklen, 2005).

No obstante, en ocasiones puntuales el término “villa” emerge en los discursos locales. Significativamente, el denominador común en tales relatos se asocia con una percepción moral del espacio. Más aún, la palabra “villa” sólo es invocada en contextos de denuncia sobre los cambios negativos que estaría padeciendo la ciudad como consecuencia de agentes externos que la desvían de su tradición. Para el sentido común local, la villa es propia de las grandes ciudades como Buenos Aires, mientras que el tono acusador advierte que fuerzas foráneas estarían propagando tales formas de degradación urbana en la ciudad; la presencia de inmigrantes, especialmente cuando responden a fenotipos amerindios, son fundamentales para la articulación de este tipo de argumentos. Por otra parte, no es de extrañar que, para representar esta realidad supuestamente novedosa, el sentido común local apele al vocablo “villa”; ello es consecuencia del peso que tiene la lógica sociocéntrica mencionada anteriormente, la cual identifica el modo en que la cuestión social se expresa en el territorio urbano en términos de “villa”. A su vez, vimos que en los habitantes de Cancha Belgrano, la palabra “villa” sólo aparece en sus relatos cuando pretenden singularizar positivamente su identidad asociada con el asentamiento como lugar de residencia. Entonces, el proceso de subjetivación se estructura sobre la base de una alteridad que se materializa en “otros” asentamientos. La caracterización positiva del nosotros sólo puede ser comprendida en oposición a una otredad, cuya radicalidad se expresa en términos de villa. Son las “esencias” de la villa -en tanto espacio de vagos y alcohólicos que viven de la asistencia social, sitio de maleantes o un espacio anómico- las que posibilitan autodefinirse como un entorno de trabajadores, o como un lugar tranquilo y ordenado.

En definitiva, la moral es un elemento clave tanto en los discursos que niegan la existencia de villas en Comodoro, como en aquellos que hacen uso del término para advertir sobre la evolución urbana negativa. Y ello es así pues en Argentina la villa es, ante todo, un discurso moral que se aplica en la clasificación del territorio urbano.

5- Bibliografía

Baeza, B. y Grimson, A. (2011) “Desajustes entre nivel de renda e hierarquias simbólicas em Comodoro Rivadavia. Sobre as legitimidades da desigualdade social”. Revista Mana: Estudos de Antropologia Social. PPGAS, Museu Nacional.

Casabona V. y Guber R. (1985) “Marginalidad e integración: una falsa disyuntiva”. En: Bartolomé, L. (Comp). Relocalizados. Antropología de las poblaciones desplazadas. Buenos Aires, IDES.

El Patagónico. “Nos duele ver cómo la ciudad se nos llena de villas de emergencia”. 22 de septiembre de 2012. Bajado el 23 de septiembre de 2012 de www.elpatagonico.net

El Patagónico. “Derrame de petróleo en asentamiento ilegal de km 8”. 6 de junio de 2012. Bajado el 7 de junio de 2012 de www.elpatagonico.net

Grimson, A. (2009) “Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires”. En: Grimson, A., Ferraudi Curto, C. y Segura, R. (Comp.). La vida política en los barrios populares de Buenos Aires. Buenos Aires, Prometeo.

Hermitte, E. y Boivin, M. (1985) “Erradicación de villas miseria” y las respuestas organizativas de sus pobladores”. En: Bartolomé, L. (Comp). Relocalizados. Antropología de las poblaciones desplazadas. Buenos Aires, IDES.

Kessler, G.; García Bombal, I. y Svampa, M. (2010) “Introducción”. En: Kessler, G.; García Bombal, I. y Svampa, M. (Coord.). Reconfiguraciones del mundo popular. Buenos Aires, UNGS y Prometeo.

Merklen, D. (2005) Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (1983-2003). Buenos Aires, Gorla.

Puex, N. (2003). “Las formas de la violencia en tiempos de crisis: una villa miseria del conurbano bonaerense”. En: Isla, A. y Míguez, D. Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa. Buenos Aires, Editorial de las Ciencias.

Saraví, G. (2006) “Nuevas realidades y nuevos enfoques: exclusión social en América Latina”. En: Saraví, G. (Ed.). De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina. Buenos Aires, Prometeo.